

tulo»). Plinio, XXXVI, 48: «Catulli Veronensis,» y Marcial, varias veces, pero muy principalmente en el Epigrama 195 del Libro XIV, dijo:

Tantum magna suo debet Verona Catullo
Quantum parva suo Mantua Virgilio.

«Tanto debe Verona la grande á Catulo, cuanto la pequeña Mantua á Virgilio.»

Ausonio, en el Prefacio ad Pacatum, 1-3, dijo: «Cui dono lepidum novum libellum? Veronensis ait poeta quondam: Inventoque dedit statim Nepoti.» «¿A quién daré mi hermoso libro nuevo? dijo el poeta de Verona en otro tiempo, y sin vacilar dedicó su libro á Nepote.»

Macrobio, en el Libro II de las Saturnales, llama á Catulo «Veronensis poeta,» y por último, San Jerónimo dijo:

«Catullus Veronæ nascitur.»

Ninguna duda puede quedar en el ánimo á este respecto, después de leer las refutaciones hechas por Schwabe¹ de las opiniones de Baehr y de Zumpt.

¹ Ludovicus Schwabius. Obra citada, págs. 28 á 30.



CATULO Y SUS AMIGOS.

II

Nada conocemos acerca de la infancia de Catulo; ella debe de haberse deslizado feliz y tranquila bajo el techo de la casa paterna, porque jamás el poeta hace en sus poemas alusión alguna á aquellos días.

Podemos suponer cuál era la condición de su padre y cuáles sus recursos, al recordar que César se alojara en su casa en camino para la Galia; pero Catulo no nos ha hablado de su padre, como Horacio lo hiciera del suyo, el alma llena de santa piedad filial.

El alma de Catulo debe haberse nutrido, no obstante, de nobles sentimientos con los ejemplos del

hogar, porque á cada paso, como Rostand¹ lo hace notar, se ve en sus versos á una madre anciana festejando la vuelta del hijo, á una abuela que vuelve á vivir en sus nietos, á hermanos que no tienen más que una sola alma, á hijos que en los brazos maternales sonríen á su padre, orgulloso de ver que sus hijos se le parecen.

Catulo no podía haber permanecido en Verona. El genial adolescente debía buscar un campo más ancho para sus estudios y un mayor horizonte para sus ambiciones.

¿Cuándo fué Catulo á Roma? ¿A quién fué recomendado? ¿Bajo qué auspicios se inició en la vida de la gran ciudad? Puntos son éstos totalmente oscuros.

Probablemente, dice W. S. Teuffel,² Catulo fué recomendado á Cornelio Nepote, galo cisalpino como él, hombre que estimara en mucho los primeros ensayos del poeta y á quien hubo de dedicar más tarde, si no todas sus obras, sí uno de sus *libelli*.

El profesor Sellar,³ cuando recuerda que Q. Metelo Celer fué procónsul en la Galia Cisalpina el año 62 antes de la era cristiana y la carta que Cicerón le escribió, siendo gobernador de esa provincia, concep-

¹ E. Rostand. Les Poésies de Catulle, pág. 31.

² W. S. Teuffel. History of the Roman Literature. Tomo I, pág. 342. Edición de 1900.

³ W. Y. Sellar. Obra citada, pág. 418.

túa que Q. Metelo Celer pudo haber recomendado á Catulo y tal vez dádole las cartas que lo introdujeran á la amistad de Clodia, la Lesbia de sus canciones de amor.

Sea de esto lo que fuere, nosotros vemos á Catulo en Roma colocado en una alta posición social, cultivando la amistad de Memio, á quien Lucrecio dedicó su poema «De Natura Rerum;» de Celio, el joven protegido de Cicerón, unido á Manlio Torcuato, la flor de la aristocracia romana, cultivando tal vez la amistad de Cicerón, á quien llamó con justicia «Disertissime Romuli nepotum,» unido á su conterráneo Cornelio Nepote, y rodeado de sus amigos Fabulo y Veranio, de los poetas Ortalo, Cecilio y Licinio Calvo, de Cinna y de Cornificio y también de Hortencio, tal vez el orador de ese nombre y de quien se burla como un poetastro en su poema XCV.

¿Cuál era la vida que llevaba entonces la juventud romana? ¿Cuáles sus ocupaciones y sus costumbres?

Muy numerosos son los documentos de que se puede hacer uso para formar cabal concepto de lo que entonces fuera la juventud de Roma.

Es posible que Suetonio¹ haya exagerado la pintura de las costumbres de la época de César, cuando nos habla de su vida licenciosa por extremo; pero precisamente la conducta del Dictador es fiel espejo de la vida romana.

¹ Suetonius. Julius Cæsar.

César, fuera de Roma, se une á Eunoé, mujer de Bogudo, rey de la Mauritania, y en Egipto se enamora de Cleopatra, la seduce y con ella sube el Nilo gozando de estruendosa bacanal.

No respetaba en las provincias los matrimonios, y el día de su triunfo en las Galias sus soldados cantaban:

Urbani, servate uxores, mœchum calvum adducimus.

«Ciudadanos, cuidad á vuestras mujeres; os traemos un calvo prostituido.»

Bibulo, su colega, lanzó al público edictos en que lo trató de «reina de Bitinia,» y Bruto refiere que en esa misma época una especie de loco, que se creía con derecho á decirlo todo, Octavio, llamó á Pompeyo rey y á César reina.

Memio lo acusó por sus relaciones con Nicomedes, y dijo que le había servido en la mesa delante de un gran número de comerciantes romanos, cuyos nombres hace conocer, y por esta razón, Cicerón, cuando César defiende en el Senado á Niza, la hija de Nicomedes, hubo de decirle: «Deja todo eso, te suplico; que ya de todos es sabido lo que él te dió y lo que tú le diste á él.»

Llegó á ser tal su impudicia y tal el número de sus adulterios, que Curion el padre hubo de llamarle «el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos.» «Omnium mulierum virum et omnium virorum mulierem.»

Si estos eran sus excesos fuera de Roma, en las provincias, en Roma sedujo á las mujeres más distinguidas, á Postumia, la mujer de Servio Sulpicio, á Lolia la esposa de Aulio Gabinio, á Tertulia la mujer de Craso, y á Mucia la mujer de Cn. Pompeyo. A Servilia, la madre de Bruto, que fué el objeto de su predilección, le dió durante su primer consulado una perla que valía seis millones de sextercios, y Cicerón, en un sangriento epigrama, que Macrobio¹ recuerda en las Saturnales, le reprochaba á la misma Servilia el comercio ilícito de su hija Tercia con el propio César.

Pero mientras César se entregaba á todos estos excesos, ¿no era Clodio el amante de su esposa Pompeya?

Plutarco² refiere, en la vida de César y además Cicerón lo escribió á Atico, que cuando en Roma se celebraba el culto de la Buena Diosa, bajo los auspicios de Aurelia, la madre de César, Clodio, disfrazado de mujer, se introdujo al templo, conducido por una de las esclavas de Pompeya que estaba en el secreto, y que, descubierto por Aurelia y reconocido por todas las mujeres, fué arrojado ignominiosamente á la calle, haciéndose público el sacrilegio cometido y sus amores con Pompeya.

¹ Macrobius. Saturnaliorum Liber Secundus. Caput. II.

² Plutarco. Vidas Paralelas. Vida de César. Cicerón A. I, 12.

Cicerón,¹ al poner estos hechos en conocimiento de Atico, cuenta que Cornificio, que no era precisamente de los amigos de Cicerón y de Pompeyo, fué el que los refirió ante el Senado para que este Cuerpo lo hiciera saber á los Pontífices y éstos declararan que se había cometido un espantoso sacrilegio.

¿No cuenta Suetonio que los Curion, padre é hijo, reprochaban á Pompeyo el haber repudiado á su mujer, prostituida por César, para casarse con la hija de éste, á quien por hábito llamaba un nuevo Egisto?

¿Y Mucia, la esposa de Pompeyo, casada después con Emilio Escauro, no se prostituyó de nuevo en unión de Fulvia y del joven Saturnino en la casa de Gemelo, cuando éste ofreciera un orgiástico festín, según refiere Valerio Máximo,² á los Magistrados y á Metelo Escipión?

Cicerón³ echó en cara á Catilina que no había lugar santo que no profanara, porque mantenía un comercio incestuoso con una vestal llamada Fabia, hermana de la propia mujer de Cicerón.

Salustio⁴ refiere, en la Conjuración de Catilina, que éste estaba rodeado de mujeres casadas que se habían prostituido para poder sostener su lujo, y cita,

¹ Cicerón. Cartas á Atico. A. I, 13.

² Valerio Máximo. IX, 1, 8.

³ Cicerón. A Atico, I, 16.

⁴ Salustio. Conjuración de Catilina, XXIV y XXV.

entre ellas, á Sempronia, que era docta en lenguas latina y griega, que cantaba y bailaba con mayor arte del que convenía á una mujer honesta, y poseía otros encantos que no eran sino instrumentos de lujuria.

Memio, el procónsul de Bitinia y á quien Lucrecio hizo célebre, según lo escribe Cicerón¹ á Atico, el año de 60 A. C. impidió que se celebrara el aniversario de los misterios sagrados de la Juventud, porque inició en los suyos propios á la mujer de Lúculo. Este Menelao, como Cicerón lo llama, se divorció de su mujer.

El divorcio no era bastante para enfrenar las costumbres, porque las mujeres se divorciaban de sus maridos para entregarse, por medio de un nuevo matrimonio, á sus amantes. Celio² le escribe á Cicerón á Cilicia, que Paula Valeria, la hermana de Triario, se había divorciado para casarse con Décimo Bruto el mismo día en que debía llegar de su provincia. Suetonio³ cuenta que César tuvo que anular el matrimonio de su antiguo pretor porque se había casado con una mujer que hacía apenas dos días que se había separado de su primer marido.

Cicerón⁴ traza de mano maestra un cuadro vivo

¹ Cicerón. Cartas á Atico. A. I, 18.

² Celio á Cicerón. Familiares. VIII, 7.

³ Suetonius. Julius Cæsar.

⁴ Cicerón. Oración Pro-Caelio, XIII.

de las costumbres romanas, en su oración Pro-Caelio, cuando éste, joven aún, fué acusado de haber querido envenenar á Clodia, de quien Cicerón no quiere ser enemigo, porque no le gustaba serlo de las mujeres, y mucho menos de aquella que era *la mejor amiga de los hombres*. El desenfreno había llegado hasta el exceso, y Cicerón nos hace ver las orgías de Celio y Clodia en Bayas; porque Bayas era el centro de la prostitución y el teatro de los amores de todos los libertinos, pues allí, como dice Varrón, las jóvenes se entregaban á todo el mundo, las viejas se convertían en jóvenes y muchos hombres en mujeres.

El año 61, según el mismo Cicerón¹ lo cuenta á Atico, Clodio, el *pulchellus puer*, como lo llama, le reprochó haber estado en Bayas, lo cual obligó á Cicerón á declarar que era falso, pero que en todo caso los hombres podían ir allí, y que á su gran protectora, á su hermana Clodia, más le hubiera valido ir á tomar las aguas de Arpino.

¿Es posible olvidar, por último, la pintura que el mismo Celio² trazó de Antonio, cuando lo hace ver en la sala del festín, rodeado de mujeres tendidas sobre sus lechos, y él, ebrio de amor y de vino?

¿No es cierto que Antonio no podía dormir porque las mujeres lo ensordecían con sus gritos, y que no

¹ Cicerón. Cartas. A. I, 16.

² Quintiliano. Instituciones Oratorias. IV, 2.

podía tampoco despertar por la embriaguez en que estaba sumergido?

¿El mismo Catulo¹ no nos dice, comparando las épocas del primero y del segundo Consulado de Pompeyo, que si en el primero abundaban los adulterios, la semilla se había vuelto muy prolífica en el segundo?

He ahí la sociedad á cuyo seno llegó Catulo á Roma, apenas salido de la casa paterna; he ahí las costumbres que llevaban los hombres más distinguidos de aquella época.

Sin duda alguna las costumbres de la juventud romana, en aquellos tiempos, influyeron sobre manera en el carácter de las obras de Catulo y en el espíritu que en ellas domina.

Si la juventud romana anhelaba por los placeres sensuales, si las agitaciones múltiples de la vida política no hallaban otra compensación que el contentamiento fugaz que en sus brazos ofrecían las meretrices que pululaban en el Campo Menor, en Argileto, en los alrededores del Circo y á lo largo del Pórtico de Pompeyo, era natural que los poemas de Catulo, de un hombre eminentemente social, no cantaran de preferencia más que esos placeres fugitivos, que los encantos sensuales de las mujeres, y que al mismo tiempo no contuvieran sino alusiones epigramáticas acerca de los hombres de su tiempo.

¹ Epigrama CXIII.

La poesía sensual de Catulo era hermosa flor que flotaba perfumando aquellas lagunas pantanosas; griega por su forma, porque eran griegos los maestros de la juventud, era, sin embargo, latina, y más aún, romana por su fondo, porque en ella pintaba los anhelos de la multitud, las ambiciones de los hombres públicos, los sobresaltos de los adúlteros, la falacia de los amigos, la prostitución de las mujeres y la lucha, en fin, de las pasiones que agitaban el alma de la juventud.

Para poder formar cabal concepto de las obras de Catulo, para que podamos apreciar su alcance é importancia y ver cómo retrató en ellas de mano maestra toda la sociedad de su tiempo, vamos á analizar las relaciones que cultivó con todos sus contemporáneos, los odios que de ellos lo separaron y los lazos de amistad y cariño que á muchos de ellos lo unieron. Este estudio nos permitirá, al mismo tiempo, apreciar en todo su valor la posición social que Catulo ocupó en Roma, y los merecimientos que por sus obras alcanzó.

Catulo se nos presenta en sus poemas como jurado enemigo de César. No lo cautivaba la fortuna del Dictador, no lo deslumbraba el brillo de sus conquistas, ni lo atemorizaba lo omnímodo de su poder.

En la Oda XCIII nos ha dejado una muestra palpitante de la indiferencia ó desprecio que tenía por César.

Nil nimium studeo, Cæsar, tibi velle placere,
Nec scire, utrum sis albus, an ater homo.

Para agradarte á ti, César,
No pongo el menor empeño;
Saber muy poco me importa
Si eres hombre blanco ó negro.

Implacable flajeló sus vicios, y en la Oda CVII llegó á hacer uso de una inconcebible dureza, porque se hizo eco de las invectivas de Curion, de las injurias del loco Octavio y de los agravios que Cicerón le hiciera cuando defendió en el Senado á Niza, la hija de Nicomedes.

¡Oh licenciosos César y Mamurra!
El uno al otro os convenís, malvados.
No es de extrañar que de infamantes vicios
Uno en Formio, otro en Roma, conquistaron
Marcas que guardan para siempre impresas.
Sois lascivos los dos, gemelos ambos
En artes amorosas en el lecho,
Adúlteros lo sois en igual grado
Y rivales y socios de mujeres.
¡El uno al otro os convenís, malvados!

Todavía Catulo volvió á atacar á César en la Oda XXIX, refiriéndose principalmente á los beneficios de que había colmado á Mamurra durante la conquista de la Galia y después de su invasión á Bretaña.

Quis hoc potest videre, quis potest pati,
Nisi impudicus, et vorax, et aleo,
Mamurram habere, quod Comata Gallia
Habebat uncti et ultima Britannia?

«¿Quién es el que puede ver y sufrir, si no es un impúdico, un glotón y un jugador, que Mamurra tenga todo lo que de rico tenían la Galia Transalpina y la lejana Bretaña?»

La Oda LIV contiene fragmentos de ataques dirigidos á varios amigos de César, á Fufficio, á Othon, á Vetio y á Libon.

César debía ser víctima otra vez de sus yambos acerados, y por eso termina en dicha oda, diciéndole al gran *Imperator*:

Arde en ira otra vez contra mis yambos,
Que honrados son, Emperador supremo.

A pesar de todos estos virulentos ataques, según Suetonio, en la Vida de César, Catulo hubo de reconciliarse con él y César lo invitó á comer á su mesa el mismo día en que le presentó sus excusas.

No es de extrañarse este acto de benevolencia en César. Cicerón, en su carta á Atico A. IX, 16, nos ha transcrito un fragmento de una carta de César, contestando á los elogios que le tributara por su moderación con Corfinio.

«Me juzgáis con justicia, porque me conocéis bien. «Nada está más lejos de mí que la crueldad, y yo me regocijo de ser así y me siento feliz con que aprobéis «mi conducta No cambiaré por esto mis propósitos, porque siempre habré de ser igual á mí mismo y dejaré que los demás sean como fueren.»

Si la reconciliación entre César y Catulo es indudable, porque ciertas son todas las anécdotas á que hace referencia Suetonio, no ha sido fácil establecer dónde la reconciliación tuvo lugar.

Schwabe¹ ha sido el primero en suponer que ella probablemente se verificó en la casa del padre de Catulo, en Verona, en el año 700 de Roma ó 54 A. C.

La conjetura de Schwabe ha sido admitida sin discusión por Mr. Auguste Couat² y al mismo tiempo por Mr. Rostand.³

No parece, sin embargo, probable esta conjetura, porque Catulo murió el año de 54 y todos los críticos han venido compartiendo la opinión de Yungclausen⁴ de que los cuatro poemas enderezados contra Mentula, no son sino nuevos ataques contra Mamurra, posteriores á su reconciliación con César, y á quien, por consideración á éste, no se atrevió á designar después por su propio nombre.

¹ Ludovicus Schwabius. Obra citada, págs. 236 y 237.

² Augusto Couat. Obra citada, pág. 115.

³ Eugène Rostand. Obra citada, pág. LXXVI.

⁴ Th. Yungclausen. Obra citada, pág. 22.

Si lo que Yungclausen ha establecido es cierto, es necesario suponer que la reconciliación tuvo lugar en Roma, precisamente antes de que César volviera á la Galia el año de 54, y que, como Munro¹ lo supone, los epigramas contra Mentula se publicaron en 54, cuando César estaba en la Galia Cisalpina.

Mamurra compartió con César la enemistad de Catulo, y por eso ambos, como dice Suetonio,² convinieron en que Catulo, en sus versos, los había marcado con un estigma perpetuo.

¿Cuál fué la causa del odio de Catulo contra Mamurra? Como Munro³ y Ellis⁴ lo creen, ¿fué tan sólo el lujo insultante que Mamurra desplegara en Roma á su regreso de la Galia? ó como B. Schmidt⁵ lo conjetura, ¿fué debido á que Mamurra, seductor afortunado, suplantó á Catulo en el afecto y en el corazón de Ammiana?

Plinio, en el Libro XXXVI, capítulo 7 de su Historia Natural, cuenta que el primero que en Roma cubrió con mármoles los muros de su casa, en el Monte Celio, fué Mamurra, nacido en Formio, caballero romano y prefecto de los trabajadores de César en la Galia. Agrega Plinio que el mismo Cornelio Nepote,

¹ H. A. J. Munro. Obra citada, pág. 80.

² Suetonius. Julius Cæsar, LXXIII.

³ H. A. J. Munro. Obra citada, págs. 87 á 92.

⁴ Robinson Ellis. Obra citada, pág. 96.

⁵ B. Schmidt. Prolegomena, pág. XXX.

de quien toma la historia, dice que fué Mamurra también el primero que puso en su casa columnas de mármol macizo de Caristia ó de Luna.

Para caracterizar bien á Mamurra, añade: «*este Mamurra es el mismo que fué desgarrado en sus versos por Catulo el Veronés.*»

La conjetura de Schmidt tiene su apoyo en el verso 4 de la Oda XLI, repetido en el verso 5 de la Oda LIII: «*Decoctoris amica Formiani.*» Como el pródigo de Formio no puede ser otro que Mamurra, nacido en dicha ciudad y lo considera como el amigo de Ammiana, parece probable que dicha oda estuviese inspirada por los celos.

¿No dice dirigiéndose á Ammiana?

Ten provincia narrat esse bellam
Tecum Lesbia nostra comparatur?
¡O seclum insipiens et inficetum!

¿A ti te llaman en provincia bella?
¿Contigo á nuestra Lesbia se compara?
¡Oh gentes tan insulsas como necias!

¿Los dos poemas de Catulo no revelan que no quiere considerar á Ammiana como mujer de lindos pies, ojos negros, largos dedos, bella, en fin, porque los celos le atenacean el corazón?